

se extiende este país del Norte, industrial, organizado, metódico; la Inglaterra de hace dos centurias, que ya comienza a dominar el mundo desde lo alto de su riqueza y bienestar; Londres, envuelta en nieblas, con sus calles populosas y estrechas, sus sillas de posta, sus rojizos edificios de ladrillo.

Casanova logra ser presentado ante los Reyes. Y aparece en la Corte desplegando todas las galas de su vestuario, el pecho cubierto de cruces, de esas obscuras y enigmáticas condecoraciones que ha hecho ornar de rubíes y piedras preciosas, a fin de que sea imposible reconocer su origen. El optimismo sale siempre en su ayuda: «Los que tenían curiosidad no se atrevían a preguntarme, porque jamás se pregunta a un caballero ¿qué orden es esa?; lo mismo que nadie pregunta a una señora: ¿qué edad tenéis?» Imaginemos el aspecto subversivo, la impresión terriblemente «foreign» que había de producir este *rasta* gigantesco, lleno de joyas, moreno y fanfarrón. Con motivo de un cartel fijado en la ventana de su casa por el que requiere una inquilina joven y amable, «que no reciba visitas de día ni de noche», la ciudad entera habla de él a los pocos días de su llegada. El *Saint-James Cronicle* transcribe su aviso, agregándole un jocosos comentario, y durante mucho tiempo le es dado escuchar de cuanta persona le presentan:

—¿Sois el italiano autor de ese famoso cartel que hizo reír a la población?

Gracias a este aviso conoce a una muchacha portuguesa, a quien intimida desde un principio con sus obsequiosas atenciones. Turbulento y expeditivo, el veneciano emprende una corte asidua, sin concederle el menor descanso ni darle tiempo a reflexionar. Poco a poco la sugestiona. Cuando Paulina se marcha, dispuesta a casarse con el hombre a quien ama, deja en el ánimo de Casanova un delicioso recuerdo, velado de tristeza. Esta mujer dulce y pálida, de cabellos negros, pone cierta nota de nobleza en medio de esa vida tumultuosa, en medio de esa larga sucesión de conquistas fáciles, de una voluptuosidad primitiva y chocante. El Caballero de Seingalt compara su recuerdo al de Enriqueta, de quien se despidió tres lustros antes en Ginebra. «La olvidé porque todo se olvida», dice. «Sin embargo, al acordarme de ellas, hallo más profunda la impresión que me causó Enriqueta. Entonces tenía veinte años, mientras que en Londres ya había traspuesto los cuarenta. Con la edad se embotan nuestras facultades...».

En los últimos tomos de *Las Memorias*, bajo su apariencia feliz, su salud inalterable y su confianza en sí mismo, asoman reminiscencias nostálgicas e insinúase una especie de tristeza acompañando al recuerdo de pasadas épocas juveniles. He aquí que el tiempo, solapado e implacable, hace su intrusión en la existencia de Casanova, dispuesto a atacar su exuberante juventud, quizás, entre todos los suyos, el rasgo más característico. Ya se aproxima la incipiente vejez, edad lamentable. Londres

será el teatro de su primer y más sonado fracaso: el «flirt» brutal que sostiene con la Charpillon. En el espacio de pocos meses Casanova atraviesa todas las etapas de una pasión desesperada, que hasta lo induce —cosa insólita en él— a pensar en el suicidio.

Aventura regocijante que oculta un fondo realmente triste y donde Pierre Louys parece haberse inspirado al escribir su novela *La Femme et le Pantin*. Sin embargo, sobre el amplio canevas que le ofrece este episodio, Casanova recurre a todos los colores e improvisa una brillante «broderie», donde se confunden, en divertida dualidad, lo grotesco con lo trágico. Hay en ella golpes, bofetones, vajilla y muebles rotos, y hasta una estupenda acusación por la cual es llevado Casanova ante los estrados de la Justicia inglesa. Para vengarse de la Charpillon adquiere un papagayo y le enseña a vocear una injuria desde el edificio de la Bolsa de Londres.

Mediante esta pequeña revancha, que parece arrancada del Aretino, olvida todos los males causados por la Charpillon. Y próximo a partir, decidido a poner fin a su estancia en Londres, que comenzó triunfalmente para concluir en una huida precipitada, con la justicia a los talones, no guarda el menor rencor para quien fue el origen de su descalabro. Condición esencial de Casanova es amoldarse siempre al presente, sin lamentar el pasado. Olvida las afrentas cuando vengarlas resulta imposible y, valiéndose de cualquier artimaña, recupera su perdida jovialidad. Los acontecimientos no le inmutan. A pesar de su imprudencia, rara vez les hace frente y por lo general se inclina ante los designios de los Dioses, presto a levantar el vuelo cuando la suerte le es adversa, lo que no le impide creerse dueño de su propio destino. «El hombre es libre, pero deja de serlo cuando desconfía de su libertad». Contradictorio en los hechos, osado en las palabras, nos recuerda esos gallos de hierro, perfilados y airosos, encaramados en la cúspide de las antiguas veletas, sometidos a las más opuestas influencias y aparentando siempre dirigir los vientos desde su elevado pedestal.

Años antes, Cagliostro había huido también de Londres por verse envuelto en un feo asunto con la justicia inglesa. En *Soliloque d'un Penseur* —panfleto político que tuvo por objeto congraciarlo con un monarca europeo: José II de Austria—, Casanova no vacila en acusarlo, olvidándose de su propia conducta con esa soberana impudicia de los cínicos, y fácilmente se hace al tono de un severo e intransigente moralista. De vez en cuando, sin embargo, el Caballero de Seingalt no puede con su genio y deja transparentar la viva simpatía que le inspiran los pillos. «El impostor —dice— procede como hombre ruin, pero como hombre. La víctima, como buena bestia, pero como bestia. El primero queda deshonrado, el segundo despreciado. El impostor no cree en la honra y está por encima de ella. El necio la pierde. Al primero le falta probidad y al segundo

buen sentido. Con buen sentido se puede llegar a ser honesto. No siendo sino tonto, la honestidad no sirve para nada».

En estos términos continúa el paralelo, verdadera apología de la mala fe. Es curioso hacer notar cómo el clima de Gran Bretaña resulta un tanto refractario a los aventureros. Cien años atrás, el Duque de Buckingham había hecho desterrar del reino a todos los magos y astrólogos que amenazaban terminar con la fortuna de Van Dyck. Cagliostro, que ha sido demandado por un viejo inglés, quien le diera fuertes sumas de dinero con objeto de aprender a fabricar Palladium, está a punto de ser entregado a la hoguera por hechicero. Lord Mansfield, al juzgarlo, pronuncia un discurso rebosante de «humour» y le salva la vida. Se conforma, tan sólo, con quemar públicamente su efigie en un inofensivo y risueño auto de fe.

«Este hombre –dice– no puede ser culpable y vosotros tampoco lo creéis. De poseer esa gran ciencia, os guardaríais muy bien de acusarlo, temiendo que pudiera vengarse y hacernos morir a todos».

Desvanecida su fama siniestra, Cagliostro se ve obligado a poner los pies en polvorosa y tiene que atenerse a los países del Mediterráneo. Vuelve a Roma, esa encantadora capital «donde el genio se introduce en todas partes, indisolublemente unido a la tontería». Todos estos italianos, dolicocefalos de rostro patibulario, se avienen mal con el frío espíritu sajón, poco propenso a entender sus ingeniosas sutilezas. Inglaterra –verdadero país de herejes, tozudos y materialistas– carece de la primera y más importante virtud teologal.

(*La Nación*, 16 de noviembre de 1930)

Stendhal y Proust

«Beyle colocaba la literatura, no solamente por debajo de la vida, sino también de las más insípidas distracciones» –apunta Marcel Proust en el prólogo a *Tendres Stocks**–. «Confieso que si fuera sincera –continúa, nada me escandalizaría tanto como la siguiente frase: ‘Llegaron algunos amigos y nos separamos muy tarde. El sobrino hizo traer del Café Pedrotti un excelente zambayón. En el país adonde voy, dije a mis amigos, no encontraré ninguna casa semejante a ésta, y, para ocupar las largas horas de la noche, compondré un relato de nuestra amable duquesa Sanseverina’. *La Cartuja de Parma*, escrita a falta de casas donde se conserva agradablemente y en donde sirven zambayón, he aquí todo lo contrario de

* *Libro de Paul Morand (E.)*.